

de Paulino Marqués, y como en alguna ocasión se planteó hacer el propio Rodrigo Rubio, quien, según me dijo varias veces, había hecho gestiones para ingresar en una residencia cercana a Torrevieja o en una de la capital albaceteña.

Desde esa prisión que representan su piso y su cama, Paulino hace un recorrido mental, que abarca todo un año, por su querido campo manchego, rememorando la labranza en seco, para levantar rastrojos con la vertedera; el tiempo alegre de la vendimia; la lluvia del mes de noviembre, que propicia una buena sementera; la recogida de setas y la caza, con las que se elaboran unos muy ricos gazpachos; la recogida y tueste de la rosa del azafrán, y la matanza de los cerdos.

Así –mientras escribía su última novela publicada hasta el día de hoy, *El Señor del Látigo* (2006), en la que lleva a cabo una especie de ajuste de cuentas con ese Dios que tanto le hizo sufrir desde pequeño, y algunas otras que han quedado inéditas–, Rodrigo se iba preparando para cuando le llegase la hora de su muerte, preocupándose, entre otras cosas, de reservarse un nicho en el cementerio de su pueblo –su chalecito para la vida eterna, que me decía, con ese humor tan particular suyo– donado por el Ayuntamiento de Montalvos. Allí esperaba encontrar el descanso merecido después de tan ajetreada vida, cerca de sus seres queridos.

A modo de despedida, en octubre del 2005 elaboró su último currículum en el que, tras hacer un detallado repaso de sus publicaciones, premios y homenajes, hacía el siguiente breve resumen de su vida, en el que se pueden apreciar los finos rasgos de su habitual ironía:

RR sufrió deficiencias físicas, por artritis reumático, desde que era un muchacho. Pese a eso, luchó por abrirse camino en la vida y en el complejo mundo de la Cultura/Literatura. En 1967 se casó con la escritora Rosa Romá, en Valencia. Tuvieron dos hijos, Marcos y Germán, que, por ahora, les han traído dos nietos, Alberto y Ester. RR ha tenido cinco coches, desde los primeros Citroën adaptados, hasta el Volvo 343 y el Peugeot 309 automáticos, pues le gustaba conducir, recorriendo España, deteniéndose en sus pueblos, restaurantes, mesones y bares de carretera. En la quietud forzada de ahora es lo que más echa de menos. RR, a estas alturas de la vida, lo que pide, ya como último consuelo, es que no le falte un whisky escocés, ni los puros canarios, ni el tabaco de pipa. Que tampoco le falte una radio con pilas para escuchar los deportes y música clásica. Ah, y que Dios y los políticos lo dejen en paz. Todo eso, que es mucho¹⁴.